



Miguel Angel Escotet, profesor de la Universidad Iberoamericana de Postgrado, durante su intervención de ayer. (Foto Postigo)

«Evaluación de la Universidad y calidad docente»: los mil y un fallos del sistema educativo

Escotet: «Sale gente con mucha información y poca capacidad de creación»

SAN SEBASTIÁN DV
B.U.

No cabe duda de que la Universidad es una de las instituciones que la sociedad ha dotado del máximo rango en cuanto a la formación de sus ciudadanos y, por lo tanto, se constituye en cierta medida como aquella institución en la que se configuran las ideas rectoras de la vida ciudadana futura. El ciclo «Evaluación de la Universidad y calidad docente» trata de examinar y analizar la validez y eficacia actual de la Universidad. Miguel Angel Escotet, profesor de la Universidad de Florida, rector de la Universidad Iberoamericana de Postgrado y director de la Fundación Sánchez Ruijé, expuso ayer dos de sus ponencias sobre este tema.

—¿Cómo está la Universidad española actualmente? ¿Qué medidas se deberían tomar en su opinión?

—Se puede señalar primero que es absolutamente necesario en las universidades tener áreas de planificación y evaluación institucional, que permitan rectificar errores y reforzar los aciertos, pero con un carácter técnico y no político. Los cambios se están haciendo en España a través de motivaciones personales, políticas o de creencias, pero no necesariamente a través de una evaluación rigurosa científicamente comprobada. Lo primero que hay que hacer es crear esas áreas de planificación y evaluación competentes, que no existen ahora. Las universidades no tienen una dirección del más alto rango para planificar la Universidad, su desarrollo y evaluarla. Además hay que planificarla en función de su evaluación porque lo que se está haciendo mucho es crear nuevas carreras, nuevos programas que no responden ni a la sociedad ni al futuro, es decir, por caprichos de personas que quizás quieran tener un área de conocimiento que les satisfaga personalmente, pero que no conforma un conjunto.

—¿Qué opinión le merece la Ley de Reforma Universitaria que tanta polémica provocó y, aún hoy, provoca?

—Esta ley, aún cuando pueda haber sido hecha con buena fe, es demasiado específica y las leyes específicas en educación, lo que hacen es obstaculizar su desarrollo. La educación es un proceso dinámico que cambia con los desarrollos científicos, tecnológicos, sociales... Y, al tener una ley que le restringe, que le impone pautas muy explícitas y muy estrictas, no le permite la movilidad hacia otros derroteros. Esto se ha evaluado también en el sentido de que, una ley, debe ser consecuencia de una práctica y de una evaluación previa y no al revés como se ha venido haciendo.

—Los jóvenes estudiantes están actualmente bastante descontentos con la Universidad, con las pocas prácticas que se les ofre-

cen, la escasez de medios de consulta y ampliación de sus estudios, con la institución y el sistema educativo en general. ¿Dónde radican los fallos? ¿Qué es y qué debe ser un profesor universitario?

—Claro. Es una educación que, por ejemplo, mientras el crecimiento de estudiantes en la última década ha ido en una proporción muy elevada, el aumento de personal docente ha ido casi en un treinta por ciento menos. Si antes había masificación ahora hay mucha más y la educación universitaria no puede ser masificada. Otro punto es el de los métodos: estamos en la época del satélite y seguimos todavía con los de la edad del pizarro y la tiza, los apuntes, los libros de texto, malas bibliotecas. Es decir, el problema del sistema español es que su modernización exige unas inversiones muy grandes en lo que se refiere a la infraestructura de apoyo a la docencia y en que los profesores han de definir muy bien su rol, cosa que no se ha hecho hasta ahora. Lo que ha ocurrido en muchas universidades europeas y americanas es que, el profesor cuando se convierte en investigador, se descuida de la docencia. Creo que hay tres modelos de profesor: el que se dedica a la docencia, el investigador y el mixto. Lo que no se puede pensar es que el modelo del investigador es el único que necesita la Universidad española porque entonces estamos descuidando una labor de formación, que es la atención individualizada al estudiante, en lo que es ese proceso de interacción profesor-alumno.

—El problema de la masificación trae consigo la falta absoluta de relación entre alumnos y profesores lo que, en principio, supondría un menor rendimiento de los primeros. Sin embargo, aunque se habla tanto del sistema americano con un mayor contacto, parece que el nivel de estudios en Europa y más concretamente en España, es superior al de los americanos. Lo que también es cierto es que a aquellos les rinden más sus conocimientos, ¿por qué?

—Quizá los países latinos (Italia, Francia, España) tengamos más deficiencias porque hemos tenido el modelo «napoleónico» que era el concepto de la cátedra, un concepto feudal de vasallos y patronos. Ese concepto ha ido en detrimento del propio proceso docente. Creo que hay dos modelos de instrucción: modelo de los que piensan que lo que dice el profesor tiene que ser convergente con lo que aprende el estudiante, y el modelo que yo patrocinó que, además de convergente, ha de ser divergente. Y la divergencia ha de ser tenida en cuenta a la hora de evaluar al estudiante. Lo peor es que estamos produciendo personas con mucha información y poca capacidad de creación.